

090. ¡Dios te bendiga!...

¿Hemos reflexionado alguna vez detenidamente lo que significa la palabra “bendición” en el lenguaje de la Biblia?... No acabaríamos de contar los casos tan bellos que nos traen las sagradas páginas, desde aquella primera del paraíso a Adán y Eva: - *Los bendijo Dios y les dijo: ¡A crecer y a multiplicarse!...*, hasta la de Jesús en su Ascensión, el cual -*Mientras los bendecía, a los Apóstoles con María, empezó a subir al cielo...*

Era el Dios que puso por Moisés la bendición en labios de los sacerdotes para darla a los hijos de Israel: -*El Señor te bendiga y te guarde. El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te dé la paz* (Números 6,24-26).

La Iglesia ha recogido todo el sentir de la Biblia, y da la bendición más colmada con las palabras augustas: -*La bendición de Dios todopoderoso, Padre, e Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ti y permanezca siempre. Amén. Así sea.*

¿Qué tiene la bendición de Dios para ser tan codiciada? ¿Qué bienes esconde la bendición divina?... ¿Por qué vamos tantas veces al sacerdote, ministro de Dios, y le pedimos: -*Padre, bendígame?...*

Es ciertamente la fe la que mueve esta actitud. La fe en Dios, que, cuando bendice a una persona, la llena de sus bienes. Porque la palabra de Dios es eficaz, es creadora, hace lo que dice. Y si Dios dice que sí, que bendice tanto —ya sea que salga la bendición espontánea de sus manos como que la otorgue porque se le pide—, los favores de Dios descienden sin falta alguna.

Así lo ha entendido el espíritu religioso de todas las gentes. Pero, como es natural, así lo ha entendido, lo hace y lo vive sobre todo la Iglesia de Dios.

Se nos ha contado mil veces la fundación de Estados Unidos. Los primeros padres de la patria planean, organizan, deciden, lo resuelven todo magníficamente..., y se alza Franklin: -*Señores, soy viejo, y cuanto más vivo, con más claridad veo que los destinos de la humanidad dependen de Dios. Recemos.* Así lo hicieron, y acuñaron también el lema, que aún hoy leemos en las monedas y billetes de banco: *Confiamos en Dios* (In God we trust). Eran hombres de fe, que imploraban la bendición.

El mundo moderno que se descristianiza piensa quizá lo contrario, y lo confía todo a sus progresos en la ciencia y la técnica. Pero quizá se equivoca...

Un escritor refiere lo que supo de una escuela en un pueblo campesino. El maestro explica a los niños: -*¿Ven lo bien que el labrador ha hecho todo? Preparó primero el terreno, ha sembrado ahora la semilla, ha concluido todos sus trabajos... ¿Qué es lo que falta?...* Esperaba como respuesta: “La bendición de Dios”. Pero un chiquito muy avisado respondió rápido, como un disparo: -*¡Los abonos!...*

El escritor comentaba: -*Con una sola palabra, el niño retrató perfectamente al mundo moderno. Dios, no. ¡Lo que cuenta es la técnica, la técnica..., el propio esfuerzo!...*

Los que tenemos fe seguimos pensando que lo primero es Dios. Con tal que sepamos fiarnos de Dios, que sabe de veras dónde está el bien que esperamos de su bendición. Imaginarse que sólo van a ser bienes de acá, que pasan —y que incluso a veces nos podrían hacer mal— los que Dios nos va a dispensar, puede ser una equivocación peligrosa.

Las bendiciones mayores de Dios se concretan en bienes de su gracia, que nos acompaña siempre en la vida y con los cuales somos ricos de verdad.

Si alguien hay en el mundo que quiera un bien para otra persona es la madre con cada uno de sus hijos, ¿no es verdad? ¿Y qué quiere la madre? Ella bendice en nombre de Dios, y sabe lo que hace. Por ejemplo, cuentan la costumbre clásica de las madres en Polonia. Cuando salía el hijo de casa, y al volver igual, se acercaba a la madre: *-Mamá, dame tu bendición.*

¿Costumbre y devocioncita pueril? Quizá no tanto. Un Obispo polaco que se hizo famoso en la Guerra Mundial fue elevado por el Papa a la dignidad de Cardenal. Recibida la noticia, el nuevo Cardenal escribe su primera carta, ¡a su madre!, para decirle: *-¿Sabes? Esto te lo debo a ti. Y te sigo pidiendo ahora tu bendición maternal* (Cardenal Augusto Hlond, 1927)

Igualmente, ¡hay que ver el valor que tiene la bendición que da una persona a quien se le hace un favor! Solemos pagar con un “¡Gracias!” salido del corazón. Está muy bien, y ese “¡gracias!” ya entraña una bendición. Pero es quizá mucho más eficaz cuando la bendición viene expresada en el nombre de Dios.

El rey San Fernando no quería más que bendiciones por cualquier bien que hiciera, así como tenía horror a una maldición, y era frase suya famosa: *-Me daría más miedo la maldición de una vieja a la que no hubiera socorrido que todos los ejércitos juntos de los moros.* Como podría haber dicho: *-Prefiero la bendición de un pobre a todas a todas las victorias que pudiera alcanzar.*

¿Se quiere siempre la bendición de Dios?... No hay como vivir de la fe en la presencia del mismo Dios. Un escritor famoso (Strindberg, +1912), convertido de su incredulidad, estaba en el lecho de muerte, e hizo a todos esta su confesión:

- Dicho sin tapujos, toda mi desdicha antigua la atribuyo a una sola causa: a no haber tenido fe. Un hombre que ha roto sus relaciones con Dios no puede esperar bendición.

Al esforzarnos en mantener nuestras costumbres cristianas, no olvidamos el valor de la bendición de Dios, que la dan la Iglesia en las funciones del culto, los padres en el seno del hogar, el niño con su manita de ángel, el pobre que se siente respetado y ayudado, cualquier persona buena que nos desea todo bien...

Somos bendecidos y bendecimos. Y esa bendición cristiana, nacida de la fe, culmina en la bendición última de Dios, la que oiremos aquel día: *“¡Venid, benditos de mi Padre!”*... ¡Aquella sí que será bendición grande y eficaz, aquélla!...